

CAPITULO LXVI

Miel y ajenjos

Catalina se arregló de tal manera, que logró quedarse sola con Pitou.

La buena señora Billot encontró algunas amigas complacientes que la acompañaron y la entretuvieron, y Catalina, que había abandonado su montura á una de ellas, volvió á pie por medio de los bosques, acompañada de Pitou, que había conseguido sustraerse á sus triunfos.

Esto no causó estrañeza á nadie, pues entre las gentes del campo todos los secretos pierden su importancia á causa de la indulgencia que mutuamente se conceden.

Se encontró una cosa muy natural que Pitou tuviese que hablar con la señora Billot y con su hija, y tal vez no pararon la atencion en ello.

— Estoy á vuestras órdenes, señorita Catalina; dijo Pitou así que se vieron solos.

— ¿Por qué habeis desaparecido por tanto tiempo de la hacienda? dijo Catalina; eso es muy mal hecho, señor Pitou.

— Pero señorita; contestó Pitou admirado de aquella pregunta; bien sabeis qué...

— Nada sé mas, sino que os habeis conducido muy mal.

Pitou se mordió los labios, pues le repugnaba el ver mentir á Catalina.

Ella lo conoció. Por otra parte, la mirada de Pitou era siempre franca y leal, y entónces no miraba de frente.

— Oídme, Pitou; tengo una cosa que deciros.

— ¡Ah!

— El otro dia, en la cabaña donde me visteis...

— ¿Dónde os ví? ¿pues dónde os he visto yo?

— ¡Oh! bien lo sabeis.

— Yo sé...

Catalina se ruborizó.

— ¿Qué haciais allí? preguntó la muchacha.

— ¡Con que me conocisteis! exclamó Pitou en un tono de triste reconvenccion.

— Al principio no, pero luego os conocí.

— ¿Y cómo es que me conocisteis despues?

— Es que á veces se halla una distraida, se camina sin parar la atencion, pero despues se reflexiona.

— Lo creo.

Catalina volvió á quedar silenciosa, y Pitou siguió su ejemplo; tenian ambos demasiadas cosas en qué pensar.

— En fin, dijo Catalina, ello es que érais vos.

— Es muy cierto, señorita.

— ¿Y que haciais allí? ¿estábais escondido?

— ¿Escondido? nada de eso; ¿y por qué razon me habia de esconder?

— ¡Oh! ¡la curiosidad!

— Señorita, yo no soy curioso.

— Ello es que estábais allí, y que aquel no era un sitio de los que acostumbrais á frecuentar.

— Ya veriais, señorita, que estaba leyendo.

— ¿Ah! no lo sabia.

— Pues si me visteis, debiérais saberlo.

— Y decidme, ¿qué es lo que leiais?

— El *Perfecto guardia nacional*.

— ¿Y qué libro es ese?

— Un libro con el cual aprendo la táctica para enseñarla á mis subordinados; y para estudiar bien, ya sabeis que conviene mucho la soledad.

— Es verdad; y en la selva nadie os inquieta ni distrae.

— Nadie.

Aquí hubo otro rato de silencio. La señora Billot y sus amigas seguian charlando muy adelante.

— Y cuando estudias así, preguntó Catalina, ¿estudias por espacio de mucho tiempo?

— A veces me estoy dias enteros.

— ¿Segun eso ya haria mucho tiempo que os encontrábais allí?

— Sí, hacia ya largo rato.

— Lo que me admira es el no haberos visto al llegar.

Aquí Catalina mentía, y tan descaradamente, que Pitou estuvo tentado de decirselo; pero la dolía verla avergonzarse; Pitou estaba enamorado, y por lo tanto era tímido. Este defecto le hacia tener en alto grado la cualidad de la circunspeccion.

— Nada tiene eso de extraño; yo estaria, probablemente, dormido; pues cuando se trabaja mucho con la imaginacion, se suele uno dormir á lo mejor.

— Y sin duda, durante vuestro sueño fué cuando yo pasé al bosque para que no me incomadase el sol. Yo iba... iba á las antiguas paredes del pabellon.

— ¡ Ah! ¡ del pabellon! ¿ y qué pabellon es ese?

Catalina se puso encendida como la grana. Pitou habia pronunciado aquellas palabras en un tono que la dejaba poco tranquila.

— El pabellon de Charny; dijo afectando toda la tranquilidad posible. Allí crece la mejor yedra de todo el pais.

— ¡ Hola!

— Me habia abrasado con lejía, y ese es un excelente remedio.

Angel, haciendo lo posible por creerla, dirigió una mirada á las manos de Catalina.

— No fué en las manos, se apresuró esta á decir, sino en un pie.

— ¿ Y encontrásteis lo que ibais buscando?

— Lo encontré; observad, ya no cojeo.

— Bien lo creo, y mucho menos cojeaba, dijo para sí Pitou, cuando corria como una cierva sobre los brezos.

Catalina ereyó que se habia salvado, y que Pitou no habia visto nada ni sabia nada.

Y cediendo á un movimiento de alegría, movimiento poco digno de un alma tan bella.

— De manera, señor Pitou, dijo, que como estais tan orgulloso con vuestra nueva posicion, haceis poco caso de los pobres aldeanos: ya se vé, como sois comandante...

Pitou se resintió de aquella inculpacion. Un sacrificio como el que él habia hecho, aun pasando desapercibido, merecia una recompensa, y como Catalina, muy le os de dársela, le reñia y le hacia burla, comparándole, sin duda, con Isidoro de Charny, todas las buenas disposiciones de Pitou se desvanecieron. El amor propio es una víbora dormida, pero que es una gran imprudencia el pisar, á ménos que no se la aplaste.

— Señorita, no os quejeis cuando yo únicamente soy el ofendido.

— ¿ Pues cómo?

— En primer lugar, me habeis espulsado de vuestra casa negándome el que trabajase. ¡ Oh! yo nada he dicho al señor Billot de eso; porque gracias á Dios, tengo buenos brazos y buen ánimo para alcanzar lo que yo necesito.

— Os aseguro, señor Pitou...

— Basta, señorita, basta. Vos sois la dueña de vuestra casa, y habeis podido echarme de ella. Pero vamos á otra cosa; puesto que ibais al pabellon de Charny, y que yo estaba allí, y que me visteis, á vos os tocaba el venirme á hablar, en vez de huir con tanta precipitacion.

La víbora habia hincado su diente, y Catalina cayó desde lo alto de su tranquilidad.

— ¿ Yo huia? dijo.

— Con tanta precipitacion como si se hubiera prendido fuego en la hacienda; no tuve ni aun tiempo para cerrar el libro, cuando ya os hallábais sobre el pobre Cadet, que estaba oculto entre las ramas y que se habia comido toda la corteza de un fresno que ha quedado perdido.

— ¿ Pero qué me quereis decir con todo eso, señor Pitou? dijo Catalina que conocia que su valor la abandonaba.

— Una cosa muy sencilla, que miéntras que vos cogiais la yedra, Cadet mordía la corteza del árbol, y en una hora un caballo hace mucho daño.

— ¿ En una hora?

— Sí, en una hora, pues necesita una hora un caballo para dejar á un árbol en semejante estado. Y sin duda

ninguna, habeis podido coger la yedra suficiente para curar todos los heridos que hubo en la plaza de la Bastilla; es una magnífica planta para cataplasmas.

Catalina pálida y desconcertada no hallaba palabras.

Pitou se calló también, pues había hablado bastante.

La señora Billot, que se había detenido, se estaba despidiendo de sus acompañantes.

Pitou, condolido de haber causado una herida cuyo dolor sentía él, se apoyaba alternativamente sobre una ú otra pierna, como un ave que va á tomar vuelo.

— Vamos, ¿y que dice el oficial? gritó la arrendataria.

— Dice que os desea muy buenas tardes, señora Billot.

— No os marcheis aun, quedaos: dijo Catalina con un tono en que se pintaba la angustia mas cruel.

— Pues adios y muy buenas tardes, dijo la señora Billot. ¿Vienes, Catalina?

— ¡Oh! ¡decidme la verdad! dijo Catalina á Pitou.

— ¿Sobre qué? señorita.

— ¿No sois ya amigo mio?

— ¡Ay! exclamó el pobre Pitou, que sin experiencia ninguna entraba en el amor por medio de las confidencias, cosa de la que solo las personas muy hábiles en la materia saben sacar partido, en detrimento de su amor propio.

Pitou conoció que su secreto se asomaba á sus labios, y comprendió que la primera palabra de Catalina le iba á derrotar.

Pero comprendió al mismo tiempo que si hablaba era hombre perdido, y previó que moriría de dolor el dia en que Catalina le asegurase lo que él no hacia mas que sospechar.

Y esta idea le volvió mudo como un romano.

Pitou saludó á Catalina con una ceremonia que heló el corazon de la muchacha; en seguida se despidió de madama Billot con una graciosa sonrisa, y desapareció entre los árboles del bosque.

Catalina instintivamente dió un salto para correr tras él.

Pero la señora Billot contuvo á Catalina dirigiéndola la palabra.

— Es un muchacho de provecho y tiene un corazon bien templado.

Habiéndose quedado solo Pitou, entabló un monólogo sobre el tema siguiente:

— ¿Es esto lo que llaman amor? pues es bien insípido en ciertos instantes, y bien amargo en otros.

El pobre muchacho era tan sencillo y tan bueno, que no sabia que en amor hay miel y ajenos, y que Mr. Isidoro había tomado la miel para sí.

Catalina desde este momento en que tanto había sufrido, concibió hácia Pitou una especie de respetuoso temor que se hallaba muy distante de tener algunos dias antes, respecto á este inofensivo y grotesco personaje.

Cuando no se inspira amor, no sabe del todo mal inspirar un poco de temor, y Pitou que tenia grandes deseos de adquirir dignidad personal, se hubiera alegrado mucho de conocer las disposiciones en que se hallaba el alma de Catalina.

Pero como no se hallaba lo bastante versado en fisiología, para adivinar las ideas de una muger á legua y media de distancia, se contentó con llorar mucho y con traer á su memoria una porcion de canciones, las mas lúgubres y melancólicas que había oido en toda su vida.

Su ejército se hubiera entiviado mucho si hubiera visto al general entregado á aquellas geremiadas tan elegiacas.

Despues que Pitou cantó y lloró mucho, y despues de haber andado mas, entró en su casa, ante cuya puerta halló colocado un centinela que habían puesto los hara-monteses como una guardia de honor.

El centinela no llevaba el arma al brazo, pues tenia bastante vino en el estómago, y dormia sobre un banco de piedra con el fusil entre las piernas.

Pitou admirado le despertó.

Entónces supo que sus treinta subordinados habían preparado un convite en casa de Tellier, que doce de las mugeres mas entusiastas coronarian á los vencedores, y que habían reservado el asiento de honor para el Turena que había derrotado al Condé del canton vecino.

Hallábase el corazón de Pitou demasiado fatigado para que su estómago no se hubiese resentido. « Causa estrañeza, dice Chateaubriand, la cantidad de lágrimas que contiene el ojo de un rey ; » pero nunca se ha logrado medir el vacío que las lágrimas producen en el estómago de un adulto.

Pitou, conducido por un centinela á la sala de un festín, fué recibido con estrepitosas aclamaciones.

Saludó en silencio, se sentó del mismo modo, y con la tranquilidad que ya hemos tenido ocasion de observar en él, acometió á las chuletas de ternera y la ensalada.

Esto duró todo el tiempo que empleó su corazón en desahogarse y en llenarse su estómago.

CAPITULO LXVII.

Desenlace inesperado.

Cuando se sufre un dolor, una comida, ó le aumenta ó le destruye.

Pitou conoció al cabo de dos horas que el comer no le aumentaba sus pesares.

Levantóse de la mesa cuando todos sus compañeros no podían mantenerse de pie.

Pitou les dirigió un largo discurso sobre la sobriedad de los espartanos, y viendo que nadie podía entenderle, creyó que lo mejor que podía hacer, era irse á pasear entretanto que los demás dormían.

Respecto á las muchachas de Haramont, debemos decir en honor suyo que se retiraron antes de los prostres, sin que su cabeza, sus piernas, ni su corazón hubiesen hablado de un modo significativo.

Pitou, el valiente de los valientes, no pudo ménos de hacer algunas reflexiones.

De todo aquel bullicio, de todas aquellas riquezas, nada la quedaba en la memoria mas que las últimas palabras de Catalina.

Recordaba, en medio de la confusion de sus ideas, que

muchas veces la mano de Catalina habia tocado la suya, que el hombro de Catalina se habia rozado con el suyo, y entónces, ébrio á su vez, pero ébrio de amor, se arrepentia de su severidad para con ella.

Preguntaba á la sombra de la noche el motivo que le habia impulsado á ser tan cruel con una pobre muchacha llena de amor, de dulzura y de gracia, con una muchacha que al entrar en la vida nada tenia de estraño que hubiese pensado en sueños irrealizables.

¡ Ay ! quién no ha hecho otro tanto !

Pitou se preguntaba tambien á sí mismo cómo era posible que él, feo y pobre, habia pretendido agradar desde un principio, inspirando sentimientos amorosos á la muchacha mas linda de todo el país, cuando á su lado veía á un gran señor, galán y enamorado hacerla la rueda.

Pitou se dedicaba despues á pasar revista á sus buenas prendas, y se comparaba con la violeta que exhala lenta é invisiblemente sus perfumes.

La invisibilidad respecto á los perfumes, no dejaba de ser verdadera, pero aquellos perfumes dependían del vino de Haramont.

Pitou, fortalecido de este modo contra los ataques de la filosofia, concluyó por convencerse de que su conducta para con Catalina habia sido poco conveniente, ya que no criminal.

Calculó que era mas á propósito para hacerce aborrecer, y que habia calculado muy mal; que alucinada por Mr. de Charny, Catalina llegaria á desconocer las brillantes y sólidas cualidades de Pitou, si Pitou descubria un mal fondo.

Era preciso, por lo tanto, dar pruebas á Catalina de un carácter bueno y generoso.

¿ Y cómo ?

Un Lovelace hubiera dicho : esa muchacha me engaña y se burla de mí ; yo la engañaré y me burlaré de ella.

Hubiera dicho : la despreciaré y la haré avergonzarse de sus actos, como poco decorosos.

La haré estar siempre inquieta y la deshonraré, cubriendo de disgustos el camino que la conduce á sus amorosas citas.

Pero Pitou, aquella alma hermosa mecida por el vino y la felicidad, creyó que podría hacer á Catalina avergonzarse de no haber amado á un muchacho como él.

Y además, preciso es confesarlo : los castos pensamientos de Pitou no podían admitir que la hermosa, la casta, la orgullosa Catalina fuese para el señor Isidoro otra cosa que una muchacha coqueta á quien gustaban los encages y bordados del elegante noble.

¿Y qué le importaba á Pitou que Catalina estuviese prendada de unos bordados?

Llegaría un día que Mr. Isidoro iría á casarse á la capital con alguna rica condesa, y no se volvería á acordar de Catalina.

Todas estas reflexiones, propias de un anciano, las inspiraba el vino al valiente jefe de los guardias nacionales de Haramont.

Ahora bien, para probar á Catalina que él era hombre de buen carácter, resolvió destruir en el ánimo de la muchacha el efecto que habían podido producir sus crueles palabras.

Pero para esto era necesario ante todo ver á Catalina.

Las horas no existen para un hombre que tiene trastornado el cerebro y que carece de reloj.

Pitou no tenía reloj, y apenas hubo salido de la casa donde había sido convidado, cuando sin pensar en que hacia mas de tres horas que se había separado de Catalina, y que Catalina no necesitada mas que media para llegar á Pisseleux, se internó en la selva con dirección á la hacienda.

Dejémosle en medio de los árboles, y volvamos á Catalina que por su parte, triste y pensativa, volvía á su casa siguiendo á su madre.

A corta distancia de la hacienda, hay un pantano, y en esta parte el camino se estrecha hasta el punto de que no pueden ir dos personas á caballo de trente.

La señora Billot pasó la primera.

Catalina iba á seguirla, cuando oyó un ligero silbido dado con precaucion.

Volvió la cara Catalina y distinguió en la sombra el galon dorado de una gorra, que era la del lacayo de Isidoro.

Dejó á su madre continuar el camino, lo que hizo la señora Billot sin inquietarse, pues se hallaban á cien pasos de la hacienda.

El lacayo se acercó á Catalina.

— Señorita, le dijo; el señor Isidoro tiene precision de veros esta misma noche, y os suplica que le espereis á las once donde mejor os parezca.

— ¡ Dios mio! exclamó Catalina; ¿ha sucedido alguna desgracia al señor Isidoro?

— Nada sé, señorita; pero esta tarde ha recibido una carta con sello negro, que viene de Paris. Hace ya una hora que os espero aquí.

Las diez daban en el reloj de la iglesia de Villers-Cotterets, y el triste sonido de la campana inundaba la atmósfera con su trémula vibracion.

Catalina dirigió una mirada á su-aledor.

— Pues bien, este sitio es sombrío y retirado : decid á vuestro amo que le espero aquí.

El lacayo volvió á subir á caballo, y partió á galope.

Catalina con el corazon oprimido entró en la hacienda poco despues que su madre.

¿Qué podía tener que anunciarla Isidoro en aquella hora, como no fuese alguna desgracia?

Una cita amorosa se reviste de formas mas encantadoras.

Pero Isidoro pedia una cita, sin cuidarse de la hora ni del sitio. Catalina le hubiera complacido, aunque hubiera elegido para ello el cementerio de Villers-Cotterets y la hora de las doce de la noche.

Así es que ni aun quiso reflexionar, y abrazando á su madre se retiró á su cuarto como para irse á dormir.

Su madre sin concebir la mas leve sospecha, se retiró tambien al suyo y se acostó.

Catalina esperaba la hora de la cita con la mayor impaciencia.

Por fin oyó al reloj dar las diez y media y luego las once ménos cuarto.

A las once ménos cuarto apagó la luz y bajó á la pieza de comer.

Las ventanas del comedor daban al camino, y Catalina, abriendo una de ellas saltó fuera de la habitacion.

Dejó la ventana abierta para poder volver á entrar, y se alejó precipitadamente en direccion al pantano, y allí con el corazon agitado por el temor y temblando de pies á cabeza, con una mano apoyada sobre su frente ardorosa y la otra sobre su pecho, de donde el corazon parecia querer salir, esperó la llegada de su amante.

Poco tiempo tuvo que aguardar, pues casi en el momento de llegar distinguió el ruido de las pisadas de un caballo.

Catalina se adelantó al encuentro del ginete.

Isidoro llegó por fin.

El lacayo se mantuvo á una respetuosa distancia sin apearse del caballo; Isidoro alargó los brazos á Catalina, la levantó del suelo, y estrechándola contra su pecho la dijo:

— Catalina, ayer ha sido asesinado mi hermano Jorge en Versalles, y mi hermano Oliverio me llama á su lado; me marcho, Catalina.

Un ¡ay! doloroso se escapó del pecho de Catalina, que estrechó convulsivamente á Isidoro en sus brazos.

— Han asesinado á vuestro hermano, y harán lo mismo con vos.

— Catalina, suceda lo que quiera, mi hermano me espera y es preciso separarnos. Catalina, bien sabéis si es cruel para mí esta separacion.

— ¡Ah! no os marchéis, quedaos aquí, ¡quedaos! gritó Catalina, que de todo cuanto habia dicho Isidoro solo comprendia una cosa, y es que iba á separarse de ella.

— ¿Pero y mi honor, Catalina? ¿y mi hermano Jorge? ¿y la venganza?

— ¡Oh! ¡desventurada de mí! exclamó Catalina. Y la pobre muchacha se dejó caer casi sin sentido en los brazos de Isidoro.

Una lágrima que se escapó de los ojos de este, fué á caer sobre el cuello de Catalina.

— ¡Oh! llorais, dijo la muchacha; gracias, gracias, veo que me amais.

— Sí, Catalina, te amo; te amo con toda mi alma; pero ya lo ves, es menester que obedezca á mi hermano.

— Id con Dios, ya no os detengo.

— Dame el beso postrero; Catalina.

— Adios!

Y la desgraciada niña, conociendo que nada podria estorbar que Isidoro obedeciese las órdenes de su hermano, se deslizó de entre los brazos de su amante.

Isidoro volvió la cabeza, vaciló un momento, pero arrastrado al fin por aquella orden irresistible que habia recibido, puso su caballo al galope, dirigiendo á Catalina un último adios.

El lacayo siguió á Isidoro, y Catalina quedó en el mismo sitio en que habia caído, inmóvil y tendida en el suelo, obstruyendo con su cuerpo el estrecho sendero.

Casi en el mismo momento apareció un hombre que se dirigia apresuradamente hácia la hacienda, el cual al pasar por el sendero tropezó con el cuerpo inanimado de Catalina.

Aquel hombre perdiendo el equilibrio, cayó al suelo y reconoció á la muchacha.

— ¡Catalina! exclamó; ¡Catalina muerta!

Y dió un grito espantoso que hizo ahullar á todos los perros de la hacienda.

— ¡Oh! prosiguió ¿quién ha muerto á Catalina? Y diciendo esto se sentó aterrado, pálido, y colocó sobre sus rodillas el inanimado cuerpo de Catalina.

INDICE

	Páginas.
CAP. XXVIII. Escena á trio	1
CAP. XXIX. Lo que pensaba la reina en la noche del 14 al 15 de julio de 1789.	9
CAP. XXX. El médico del rey	16
CAP. XXXI. El consejo	26
CAP. XXXII. Decision	34
CAP. XXXIII. La cota de malla	43
CAP. XXXIV. La marcha.	52
CAP. XXXV. El viage	60
CAP. XXXVI. Lo que pasaba en Versalles mientras que el rey oía los discursos de la municipalidad.	70
CAP. XXXVII. La vuelta.	79
CAP. XXXVIII. Foulon.	82
CAP. XXXIX. El Hotel de Ville.	91
CAP. XL. El yerno.	99
CAP. XLI. Billot empieza á reconocer que en las revolu- ciones hay mas espinas que rosas	108
CAP. XLII. Los Pitt	117
CAP. XLIII. Medéa	126
CAP. XLIV. Lo que queria la reina	132
CAP. XLV. El regimiento de Flandes	136
CAP. XLVI. El banquete de los guardias.	144
CAP. XLVII. Las mujeres	152
CAP. XLVIII. El general Maillard	159
CAP. XLIX. Mas sobre el mismo asunto	166
CAP. L. La tarde del 5 de octubre.	171
CAP. LI. La noche del 5 al 6.	181
CAP. LII. La mañana	188
CAP. LIII. Jorge de Charny	196
CAP. LIV. Viage y llegada de Pitou y de Sebastian Gilberto.	203

CAP. LV. De como Pitou que habia sido maldecido y arrojado de casa de su tia por un barbarismo y tres solecismos, fué vuelto á maldecir y vuelto á echar por ella por causa de un ave compuesta con arroz	210
CAP. LVI. Pitou revolucionario	220
CAP. EVII. Abdicacion de Mad. Billot	230
CAP. LVIII. Lo que decide á Pitou á abandonar la hacienda y á volver á Haramont, su única y verdadera patria.	238
CAP. LIX. Pitou orador	246
CAP. LX. Pitou conspirador	258
CAP. LXI. Donde se vé el principio monárquico representado por el cura Fortier, y el principio revolucionario representado por Pitou	268
CAP. LXII. Pitou diplomático	286
CAP. LXIII. Pitou triunfa	294
CAP. LXIV. El padre Clouis y la piedra Clouise, ó como Pitou llega á ser un táctico y adquiere aire marcial.	304
CAP. LXV. En el que Catalina se hace á su vez diplomática	314
CAP. LXVI. Miel y agenjos.	322
CAP. LXVII. Desenlace inesperado.	328

